

una muger como tú. ¿Qué tienes hace algun tiempo, niña tonta? ¿Qué te he hecho yo para que estés tan de mal humor?

—Creo que si fuera cristiana, dijo Calista, la vida me seria mas soportable.

—¡Mas soportable! repitió Ariston. ¡Oh, dioses! ¡Mas soportable tener la laguna Estigia, el Tártaro, las Furias y sus serpientes en este mundo como en el otro! ¡Sufrir interior y exteriormente, oborrecerse á sí mismo y ser aborrecido por todos los hombres; vivir como un asno y morir como un perro! ¡Mas soportable!.... Pero escucha. Oigo los pasos de Agelio en la escalera. Calista, querida Calista, pórtate como quien eres; cede á la razon.

Pero Calista no daba oidos á la razon, si estaba personificada en su hermano; y continuó su canto de la manera siguiente:

El Africa es morada
Del Flegeton ardiente:
El alma en ella siente
Una opresion fatal.
De ese espantoso rio
Las lóbregas tinieblas,

Y las glaciales nieblas,
Y la orilla infernal,
Es Táuride, la isla
Cubierta de pantanos;
O Albion do los humanos
Ven sombras solo y mal.

Al llegar aquí se detuvo, bajó los ojos y emprendió de nuevo su tarea.

CAPITULO XI.

Es sin duda un solemne momento, bajo cualquier aspecto que se le considere, y que exige gran fuerza de alma, aquel en que un individuo se entrega deliberadamente á la custodia de otro por toda su vida; y esto, ó cosa parecida, reservando el derecho supremo del deber para con el Criador, es lo que acontece en el contrato matrimonial. En algunos casos particulares puede verificarse sin reflexion ni inquietud; pero considerado objetivamente, y en la mayor parte de los casos, es un acto tan tremendo, que la naturaleza como que retrocede ante sus consecuencias. Cuan-

do el cristiano entra en la vida religiosa, se abandona á Aquel que es la misma perfeccion y en quien puede depositar una confianza sin límites. Además, mirando este abandono por el lado humano, el individuo encuentra en los reglamentos de la órden, en ciertas condiciones estipuladas y en los principios de la teología, una salvaguardia contra la tiranía de sus superiores. Pero ¿qué estímulo bastará para decidirle á someterse sin condicion ni reserva alguna como propiedad absoluta, á un ser falible, y esto no por cierto tiempo, sino por toda la vida? Semejante sacrificio pone pavor al ánimo, el cual pide que la religion, ya que lo exige, lo sancione tambien y lo bendiga. Instintivamente desea, ó que el vinculo sea disoluble, ó que las partes contratantes reciban mediante el sacramento la fuerza precisa para conservarlo intacto. *Así Dios me ayude*, fórmula comun de todo juramento, es esencialmente necesaria tratándose del matrimonio.

Pero Agelio pensaba contraer un compromiso sobrehumano sin asistencia sobrehumana; y esto, en una sociedad donde la opinion pública, que en cierto sen-

tido suple la falta de creencias religiosas, suministraba motivos humanos, no á favor sino en contra de la solidez de aquel vinculo, y con una persona que jamas habia dado la menor prueba de comprender la importancia del matrimonio. No debe, pues, sorprender que á pesar de su sencillez, de su carácter ardiente y de sus ilusiones, cuanto mas pensase en el paso que habia dado, menos satisfecho estuviese de él, y que á medida que se acercaba el momento en que iba á entrar en materia con Ariston, se sintiese menos capaz de hacerlo. Hallábase por lo tanto en una angustia de espíritu, al subir la escalera que conducia á la habitacion de su amigo, superior á la ansiedad que habia experimentado al atravesar la colina situada al otro lado de la ciudad; y sin el compromiso que le llevaba allí, de buena gana retrocediera y alejara durante algun tiempo de su mente toda idea relativa al asunto. Sin embargo, en aquel mismo instante cuando la fantasia le representaba á Calista, sus escrúpulos y temores se desvanecian ante la belleza de tal imágen, como nieblas ante el sol; y cuando estaba en presencia de la jó-

ven, parecia como si obedeciese á algun secreto influjo, y permanecia sin respirar y como aturdido bajo la intensidad de la fascinacion.

No obstante, el lector no debe suponer que en el siglo tercero de nuestra era, las negociaciones del género de la que estaba á punto de celebrarse entre Calista y Agelio, fuesen hermoseedas por esos sentimientos trascendentales y ese magnífico ceremonial con que la caballería las revistió tiempos posteriores. El lenguaje elegante y las maneras finas no eran propias de la época; y á haberlo sido, nosotros que referimos aquellas negociaciones hasta ahora olvidadas, seriamos totalmente incapaces de hacerles justicia. Entonces el cristiano tenia demasiada sencillez y el pagano demasiada poza delicadeza real para entregarse á las sublimidades del amor moderno, á lo menos tal cual se encuentra en las novelas; y en el caso que nos ocupa nuestros dos jóvenes van á parecer, lo conocemos, tristemente materiales, mejor dicho, semi-bárbaros á los ojos de los admiradores de lo que se llama hoy civilizacion europea.

Quando Agelio entró en el cuarto,

Ariston estaba recorriéndolo algo turbado; sin embargo, voló hácia su amigo, le abrazó, y mirándole de un modo significativo, le felicitó por su buen aspecto.

—Hay mas fuego en tus ojos, mi querido Agelio, le dijo, y mas elocuencia en tus labios que la que te habia visto nunca. Un nuevo espíritu te anima. Has resuelto, pues, dejar tu soledad; y ciertamente lo que me admira es que hayas podido permanecer en ella tanto tiempo.

Agelio se habia repuesto; pero aun no se atrevia á mirar á Calista.

—No te chances, Ariston, dijo; he venido, como sabes, á hablarte de tu hermana.—Le traigo un regalo de flores, es mi mejor regalo, ó mas bien el del año que principia; flores tan hermosas y fragantes como ella.

—Las ofreceremos á nuestra Palas Atene, dijo su amigo, á quien los artistas adoran especialmente. Y queria llevar á Agelio para que las colocase en el nicho de la diosa, al otro lado del cuarto.

—Soy mas serio que tú, dijo Agelio, y cuando elegí las mas delicadas flores

de mi jardín, fué para ofrecerlas á tu hermana. *Ella* no pensará que mi objeto haya sido otro. ¿Dónde vas? continuó, al ver á su amigo tomar su ancho *petasus*.

—Pues que soy tan pobre intérprete, respondió Ariston, de tus intenciones, para nada me necesitas. Defiende por tí mismo tu causa; entre tanto iré á ver lo que el viejo Dromon me cuenta, antes que el sol esté demasiado alto.

Diciendo así, dirigió una mirada entre suplicante y satírica á su hermana, y se fué á casa del barbero en el Foro.

Agelio tomó las flores y las puso sobre la mesa junto á la cual trabajaba la jóven.—Aceptas mis flores, Calista? le preguntó.

—¿Son hermosas y fragantes como yo? replicó ella. Dámelas. Y cogiéndolas é inclinándose á contemplarlas, dijo gravemente:—La purpurina rosa, el lirio magestuoso, el real clavel, el moly dorado, el purpúreo amaranto, la verde brionia, el diosantos, la sértula, la modesta y olorosa saliunea, verdaderos emblemas de Calista. . . . Pero, dentro de algunas horas se marchitarán, y serán cada vez mas parecidas á ella.

Se detuvo un instante, y despues de mirarle fijamente, continuó:—Agelio, en un tiempo tuve una esclava que pertenecia á tu religion. Habia nacido de una familia cristiana, y vino á mi poder á la muerte de su amo. Ni antes ni despues he visto una persona que se le asemeje. No se inquietaba por nada, y sin embargo, no era enfadosa, impertinente, ni dura de corazon. Murió jóven en mi servicio. Poco tiempo antes de morir tuvo un sueño. Vió multitud de sombras brillantes vestidas de blanco, como las Horas que rodean al dios del dia. Estaban coronadas de flores, y se decian unas á otras: “Tambien *ella* debe recibir su presente.” En seguida la tomaron de la mano y la condujeron hácia una hermosísima dama, magestuosa como Juno, dulce como Ariadna, y de una figura tan radiante, que á su lado las sombras parecian mugeres de Etiopía. Aquella dama estaba asimismo coronada de flores tan resplandecientes como las estrellas del cielo ó las piedras preciosas del Asia, segun se esplicó Chione. Y la diosa (ángel la llamarias tú) le dijo: “Querida, esto envia mi hijo para tí: una rosa encarna-

da por tu amor, un blanco lirio por tu castidad, purpúreas violetas que adornen tu sepulcro y verdes palmas que florezcan en él." Agelio, al darme estas flores, ¿has querido colocarme en la categoría de Chione? ¿Es esta su interpretación?

—Calista, contestó el jóven, el deseo mas ardiente de mi corazon, la mas viva esperanza de mi alma, es que llegue el dia en que recibas una corona semejante, de mas brillo aún si es posible.

—Y has venido, sin duda, á instruirme y ponerme en estado de morir, como Chione, respondió Calista. Perdóname; pero, á lo que parece, me ofreces flores, no para una guirnalda nupcial, sino para una urna fúnebre.

—¿No es admirable, dijo Agelio, que los dos deseos hayan nacido juntos en mi corazon; y que al propio tiempo que esperaba alcanzar con mis súplicas, que tendríamos el mismo Señor en los cielos, esperaba que abrigáramos los mismos sentimientos, las mismas aspiraciones y nos cobijaria el mismo techo en la tierra?

—¿Y que dirias una palabra por tu Señor, y dos por tí? replicó Calista.

—Presintiendo lo mucho que podrias ser para mí, dijo Agelio, he pensado cuánto mi Señor puede hacer ya por tí, y cuánto en lo porvenir podrias tú hacer por él. Calista, no uses contra mí los recursos de tu sutileza griega, ni esperes que analice mis sentimientos con mas exactitud de la que soy capaz. ¿Me oirás sin impaciencia la esposicion tranquila del estado de mi alma, segun que yo la conozco?

La jóven inclinó la cabeza, en señal de asentimiento, y Agelio prosiguió:—Lo que sé es, que desde la primera vez que te oí hablar, experimenté que existia entre tú y yo tal unidad de pensamiento, que nunca le hubiera creído posible entre cualesquiera personas, á no convencerme por mí propio; é inesplorable mayormente, atendiendo á la diferencia de nuestras opiniones, de nuestras costumbres y de nuestra educacion. Me es difícil esplanarte mi idea; no cabe duda de que disintimos en los puntos mas importantes; pero hay un incomprendible acuerdo en nuestro modo de considerar las cosas, en nuestras impresiones, en la línea en que nuestros espíritus se mueven, en los resultados

que deducen, en nuestro juicio de lo que es grande y lo que es pequeño, y en la manera de afectar los objetos nuestra sensibilidad. Cuando hablo á mi tío ó á tu hermano, no los entiendo, ni ellos me entienden á mí. Nos movemos en diversas esferas, y á pesar de cuanto dicen me siento solo. Pero, con grande asombro mio, entre tú y yo no encuentro mas que un lenguaje. ¿Es, pues, de admirar que me incline á atribuir todo esto á una sola causa, y que crea que una misma mano á grabado esas líneas en nuestras dos almas? ¿Es de extrañar me figure que el que nos formó tan semejantes, nos formó el uno para el otro, y que las influencias misteriosas por las cuales trato de persuadirte á dirigir á mí la vista puedan tambien hacerte prosternar á los piés de mi Señor y adorarle?

Un instante pareció que iban á asomar las lágrimas á los ojos de Calista; pero reprimió pronto su emocion, si es que se habia conmovido, y respondió con ímpetu:—;Tu Señor! ¿Y quién es tu Señor? ¿Qué sé yo de tu Señor? ¿Qué me has dicho nunca de tu Señor? Supongo es una doctrina isotérica que no

soy digna de conocer; sí, sin duda; pues á casa has venido repetidas veces, me has hablado libremente de muchas cosas, y sin embargo sé hoy tanto de tu Señor como si jamas te hubiese visto. Sé que murió, y que los cristianos dicen que vive; deberá ser en alguna isla afortunada, porque siempre que te he preguntado por El has procurado desviar la conversacion lo mejor que has podido. Has hablado de tu ley y de tus varios deberes, de lo que consideras justo é injusto, y de algunos de los antiguos escritores de tu secta y de los judíos, que les precedieron; pero, si como dices, mis necesidades y aspiraciones son las mismas que las tuyas, ¿qué has hecho para satisfacerlas? ¿qué has hecho por ese Señor, al cual te propones ahora conducirme? ¡No! continuó levantándose, tú has observado esas necesidades y aspiraciones para tí mismo, no para El; te has interesado por ellas, las has fomentado, como si fueses al propio tiempo su autor y su objeto. Declaras que crees en un solo Dios verdadero, y que no admites ningun otro, y ahora pretendes que la Mano, que la Sombra de ese Dios se encuentra en mi enten-

dimiento y en mi corazón. ¿Qué Dios es ese? ¿Dónde está? ¿Cómo, en qué existe? ¡Oh Agelio! tú te has interpuesto entre El y yo, sirviéndote de El como de un medio para conseguir un fin.

—¡Oh Calista! dijo Agelio con agitada voz, cuando pudo hablar, ¿no me engañan mis oídos? ¿Deseas realmente conocer al verdadero Dios?

—No; no es eso, exclamó Calista con pasión, no deseo tal cosa. Imposible que yo sea cristiana. ¡Dioses! ¡cuán grande ha sido mi engaño! Yo creía que todo cristiano era semejante á Chione; é imaginaba que ningun individuo de esa secta estaba dotado de poco fervor. Chione hablaba como si los primeros pensamientos del cristiano fuesen de benevolencia para con los demás; como si la suma felicidad de su estado la moviese á persuadir á otros hombres á aceptarlo para sí. Pero aquí tenemos un cristiano que, lejos de sentirse dichoso, cree que yo puedo contribuir á su dicha; que viene á mí. . . . á mí, Calista, pobre yerba de los campos, frágil caña espuesta á todos los vientos, y que se dobla con los ardores del sol, para encontrar el reposo que su corazón busca. En cuanto á

la felicidad que quieres mostrarme, pues que ninguna posees, natural es que no me comuniqués ninguna. Yo imaginaba que los cristianos eran superiores al tiempo y á los acontecimientos; pero no, no sucede así. ¡Ay! soy demasiado jóven para sentir la fuerza de estas palabras que los sabios pronuncian al dejar la vida. *¡Vanidad é ilusión!* Agelio, ¿cómo latió mi corazón cuando oí por la primera vez que eras cristiano! Me acordé de Chione; al principio me pareció verla revivir en tí como si hubiese existido alguna mágica simpatía entre tí y ella; y esperé que me enseñarías mucho más, relativamente á esa fuerza extraña que mi naturaleza necesita, y de que ella me decía podía disponer. Tus palabras, tus maneras, tus miradas se diferenciaban de las de los demás que se dirigían á mí. Entre tanto, ibas y venías; tu conducta no parecía efecto de la reserva, de la timidez, de la precaución natural á una secta perseguida; pero ¡cuán grande fué mi desengaño cuando ciertas señales no me dejaron duda de que pensabas en mí como los demás, y de que tus sentimientos respecto de mi persona eran idénticos á los

de los otros hombres! ¡Cuando descubrí que aspirabas á mí, no á tu Dios; que hablabas mucho de tí, y nada de El! Hubo un tiempo en que me encontraba capaz de adorarte; pero tú has puesto una barrera á esa adoracion con la tuya hácia mí.

Es raro, así lo creemos, que una muger califique de grave ofensa la especie de admiracion que Agelio acababa de mostrar hácia Calista; sin embargo, á pesar del despecho que aquel pudiera sentir, y que sentia realmente, la afliccion de la jóven era demasiado seria; en sus observaciones habia demasiada verdad, demasiadas cosas que iban derechas al corazon y á la conciencia de Agelio, para que este se resintiese ó se irritase. Ella no habia hecho mas que dar la verdadera interpretacion de las dudas que le habian asaltado aquella mañana, desde que salió de su casa hasta que entró en el aposento de Calista. Algunos dias antes, Jucundo se habia persuadido sin dificultad de que Agelio no era inconsecuente; pero Calista habia tenido menos indulgencia, aunque en el fondo, fuese mas misericordiosa. Hubo una pausa en la conversacion, ó

mejor dicho, en la expansion de la jóven; ambos se entregaban á amargas reflexiones que devoraban en silencio, hasta que Calista prosiguió de esta manera:

—Así, pues, la religion de Chione es un sueño; durante cuatro años he creído que era una verdad, pero de nuevo veo que todo es vanidad en el mundo. Yo habia esperado que existian mas cosas de las que alcanzaba mi vista; mi esperanza ha salido vana, y vivo, pobre muger, con un corazon que no cabe dentro de sí, con ardientes afectos, y deseando encontrar algun objeto que me posea. No puedo existir sin algo en que repose mi alma; caer otra vez en ese triste y desesperado estado que los filósofos llaman sabiduría y los moralistas virtud, es para mí la muerte. Ni es posible que yo rinda culto á esa fria Luna, cuyos rayos me hielan, ni que simpatice con esa magestuosa cuadrilla de vírgenes que Roma ha colocado bajo el patrocinio de Vesta. Necesito amar algo; el amor es mi vida. ¿Por qué vienes á mí, Agelio con tu galantería vulgar? ¿Puedes competir con las nobles formas griegas que han pasado

ante mis ojos? ¿Es tu voz mas varonil, tiene acentos mas armoniosos que los que han vibrado á mi oido desde que salí de la infancia? ¿Eres capaz de realzar una fiesta con tus dichos ingeniosos, o de esparcir claridad con tu sonrisa en una oscura gruta ó en las corrientes aguas de un arroyuelo? ¿Qué puedes darme? Hay una cosa que pensé *podieras* haberme dado, mejor que otra ninguna; pero es todo ilusion. No tienes nada que dar. Me has hecho volver á la tristeza de mi aislamiento; se han abierto nuevamente las profundas heridas de mi memoria. . . . ¡Infeliz Agelio! pero, no ha sido culpa suya; no dependia de él remediarlo, continuó como absorta en sus pensamientos; no dependia de él remediarlo; porque si nada tenia, ¿qué habia de comunicar á otros? En último resultado, él necesitaba como yo amar algo, y le era imposible encontrar nada mejor que yo. . . . Y han creido que persuadirian á Calista á entregarse á él, como se ha entregado á otros. . . . ¡Sí, Jucundo y Ariston lo han creido. . . .! ¡mi hermano, mi mismo hermano. . . .! ¡Ah! no pensaban en mí. (Al llegar aquí sus lágrimas bro-

taron con violencia y se abandonó á su emocion.) Pensaban solo en él. Y yo habia esperado que él me conduciria á alguna cosa mas elevada; pero, ¡ay de mí! exclamó torciéndose las manos, ¡Jucundo y Ariston me juzgaban á propósito únicamente para abatirle! Y bien considerado todo, ¿es Calista propia, en realidad, para un encargo mucho mas alto que el que le han cometido?

Estaba sumida en la contemplacion de su miseria, sintiendo vivamente su degradacion y con la conciencia de la esclavitud á que su naturaleza la tenia sometida, y que la hacia desesperar de encontrar lo único que daria significacion á su existencia y objeto á su inteligencia y á sus afectos. Por otra parte, ¡cuán grandes fueron la sorpresa, el remordimiento y la humillacion de Agelio. Era un extraño contraste: á un lado la queja de la naturaleza no regenerada, y al otro la naturaleza regenerada, pero que, al sentirse caer, se reprendia á sí misma. Por último, Agelio dejó oír estas palabras:

—Calista, cualquier injuria que involuntariamente te haya hecho, tú á lo menos, me has vuelto bien por mal, y

te has constituido en mi bienhechora. Sí, ahora me conozco mejor que antes; y el que se ha servido de tí como instrumento de misericordia para conmigo, no se olvidará de recompensarte en un céntuplo. Una sola palabra diré en mi defensa, ó mas bien, en defensa de mi Señor. Ni por un instante supongas que lo que habias pensado de la religion cristiana no sea verdad. Ella revela un Dios presente, que satisface todos los afectos del corazon, y sin embargo, lo conserva puro. Yo sirvo á un Señor, continuó sonrojándose de modestia y ardor á medida que hablaba. Yo sirvo á un Señor, cuyo amor es mas intenso que ningun amor creado. ¡Dios me ayude en mi inconstancia! Pero jamás he tenido intencion de amarte como le amo á El. Estás destinada para su amor, y te confio á El, tu Señor verdadero, cuyo rival nunca hubiera debido ser, y por quien hubiera debido solo abogar. Aunque no soy digno de acercarme á tí, te seguiré á cierta distancia, ¿quién sabe hasta dónde? quizá hasta la prision y la arena de los que confiesan al Salvador de los hombres, y osan morir y padecer por su nombre. Ahora,

adios; te pongo bajo su proteccion y la de sus santos mártires.

Diciendo así, se dirigió á la puerta y dejó el cuarto, sin atreverse á mirar una vez siquiera á Calista.

CAPITULO XII.

El primer periodo del arrepentimiento no es mas que una fiebre, en la cual hay agitacion y sed, accesos de calor y de frio, terribles sueños, una prolongada oscuridad que parece destinada á no tener nunca fin, un esfuerzo sin resultado, un abatimiento sin reaccion. Estos síntomas se habian manifestado ya en Agelio; habló con calma á Calista, y se sostuvo por las exigencias del momento; pero, no bien salió del cuarto y se encontró solo, cuando perdió todo imperio sobre sí mismo, cayendo en una completa postracion, ó mejor dicho, en una anarquia de sentimientos tumultuosos. Entonces se presentaron á su espíritu multitud de espectros, no menos horribles y mas reales que los sueños de un delirante. Recordó el singular fa-